



Juan V. Martín Devesa
Historiador

Cercado por la vía férrea, altos edificios y la carretera nacional 332, el antiguo barrio mariner de Altea duerme en el corazón de la ciudad, como una antigua canción

que a fuerza de no escucharse ya casi nadie recuerda.

Crecí en el *Raval Mariner*, gracias a que mis abuelos compraron en los años sesenta una casa en la calle Pescadores, donde todavía quedaban redes y aparejos de las barcas de pesca olvidadas en el sótano. Sin embargo, cuando yo nací ya no quedaban barcas varadas en la playa, en esas mismas playas que ocupan hoy las hamacas y las terrazas de los restaurantes.

Tampoco quedaban marineros, ya que muchos de ellos se habían enrolado en compañías marítimas como la Transmediterránea, abandonando el barrio para instalarse en Barcelona y Cádiz. Mi abuelo trasladó a muchas de estas familias en su taxi y las traía de vuelta en vacaciones.

Las faenas de la mar como construir las barcas, descargar el pescado o tinter y zurcir las redes, actividades que se habían desarrollado durante siglos a la orilla del mar, se desplazaron a la zona del puerto a partir de los años cincuenta. Cada cosa en su lugar, como debe ser, pero con las barcas se fue también una parte de nuestro pasado.

El origen de este arrabal está envuelto en la oscuridad. No sabemos a ciencia cierta cuando se empezaron a asentar las primeras familias de marineros junto a la playa. Puede que las primeras construcciones fuesen anteriores al siglo XVI. Sin embargo, a pesar de lo peligroso que podía resultar vivir cerca de la costa, era la navegación una verdadera necesidad para los alteanos en el siglo XVII, no solo para la pesca sino para el comercio de toda clase de mercancías. La mayor parte de los productos viajaban en los *llaüts de viatge*, que era como se denominaban a las embarcaciones comerciales. ¿Un ejemplo? Las muelas de molino. Estas inmensas piedras, algunas de más de dos toneladas de peso y metro y medio de diámetro, se cargaban en Alicante y llegaban a los puertos de la comarca para distribuir las a sus respectivos molinos.



Hace más de trescientos años el *raval mariner* contaba con aduana, un cuerpo de guardia, agentes comerciales y consulados de diferentes países

Esto nos permite imaginar la gran actividad comercial que tenía el barrio, que hace más de trescientos años contaba con aduana, un cuerpo de guardia, agentes comerciales y consulados de diferentes países. Todos los vecinos del *raval mariner* tenían su papel asignado. Los niños desde bien pequeños realizaban diversas faenas, como preparar la playa para el varado de las barcas. Se llamaba *fer escar*. Estos

La Canción Olvidada

El raval mariner de Altea



Ilustración de Daniel Álvarez García. Alumno de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Miguel Hernández

trabajos consistían en despejar las piedras más grandes de la orilla creando un ancho surco por el que se sacaban a tierra las barcas. Para facilitar esta maniobra también se colocaban transversalmente una serie de troncos de higuera, *els parats*, sobre los que una vez engrasados se deslizaba la barca. También esto lo solían hacer niños y se denominaba *enseuar els parats*.

A medida que los niños crecían aprendiendo el oficio, pasaban a ocupar su puesto en la tripulación de una barca. Según una antigua costumbre los más jóvenes recibían al enrolarse sólo una cuarta parte de la retribución de un adulto, *el quartó*. A medida que crecían y mejoraban en su labor, toda la tripulación en una especie de asamblea decidía subirla a media

parte, luego a tres cuartos y finalmente a la parte entera, lo que suponía que ya era un marinero de pleno derecho.

Las mujeres, por su parte, eran las que se encargaban del mantenimiento de las redes, pero también realizaban tareas de gestión. Vendían al por menor el pescado capturado, algunas en las tiendas que regentaban, y debían llevar buena cuenta de las ventas, que solían realizarse a fiado. La explicación es sencilla. Los marineros recibían su retribución por partes, es decir, según el beneficio de la jornada. Si la pesca había sido mala o el tiempo no permitía pescar, no había salario. Pero las tiendas seguían vendiendo, aunque debían esperar para cobrar a que la pesca fuese favorable, apuntando mientras tanto la deuda.



Ilustración de Ana Bernabeu. Alumna de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Miguel Hernández

Cuentan que la tía Teresa Carreta, que regentaba uno de los almacenes de ultramarinos de la Calle de la Acequia, esperaba a media tarde a la puerta de su tienda a que volvieran los marineros de la faena diaria. A los primeros que pasaban les preguntaba

qué embarcación había hecho buena pesca: *hui quina barca ha matat peix?* Cuando le respondían buscaba rápidamente en la libreta las deudas de esa tripulación y así sabía que podía cobrarlas.

Hasta finales del siglo XIX esta era una de las calles con más actividad comercial y artesanal del pueblo ya que era la entrada a Altea por el camino viejo de Alicante. Allí se situaban los almacenes de salazón, fraguas, tostaderos de café, almazaras, tiendas, el matadero, bodegas y hasta el primer cuartel de carabineros. La importancia económica cada vez mayor del *raval mariner* y la separación ancestral con el resto del pueblo, popularmente “los de arriba”, fomentaba una identidad distinta, el sentimiento de pertenecer casi a otro pueblo. Tanto es así que la Calle de la Acequia se convirtió en una frontera, que dividía a todos, desde los recién nacidos a los difuntos. En los saraos y rondas con guitarras los de abajo no debían cruzar el Pont de Montcau, que servía para pasar la acequia, y los de arriba no podían entrar en el *raval mariner*, ya que aquello sólo podía terminar en trifulca entre unos y otros. Cuando uno nacía a este lado de la acequia se bautizaba, tomaba la primera comunión, se casaba y se enterraba en la iglesia de San Francisco, “la de abajo”, mientras que los de arriba tenían como parroquia la iglesia de la Virgen del Consuelo.

En 1885 se abrió al tráfico la carretera nacional 332 y muchos de estos antiguos establecimientos se fueron trasladando al nuevo vial, más ancho y llano, que se convirtió así en una especie de bulevar comercial: *el Carrer la Mar*. Era el auténtico paseo del pueblo, lo que exacerbó todavía más el enfrentamiento entre *dalt i baix*. Todas las tiendas y bodegas abandonaron poco a poco el *Carrer la Séquia*, pero todavía se mantienen en el corazón del barrio las dos panaderías con más solera de Altea: el forn de Ximo y el Petenero. En sus hornos todavía cuece el pan sin sal, *assaonat* como lo llamamos en Altea. Se elaboraba con muy poca sal para que se mantuviese tierno más tiempo, algo necesario en los viajes. De paso, era perfecto para consumir salazones, la exquisita conserva de los marineros desde tiempos de los fenicios.

Recuerdo como por las noches toda la calle se llenaba de ese agradable olor que sólo el pan de verdad tiene, pero en las noches de verano, además se llenaba de sillas. Los vecinos sacaban sillas y mesas fuera de casa, cenaban y charlaban hasta bien entrada la noche. Los panaderos hacían lo mismo entre hornada y hornada, para tomar un poco de aire fresco. Pero ellos añadían un extra. Ximo y Pepe Llorens, junto con otros panaderos,

La Calle de la Acequia se convirtió en una frontera, estaban “los de arriba” y “los de abajo”

habían formado una rondalla y aprovechaban el respiro para tocar pasodobles, mazurcas, valeses y habaneras, obsequiándonos con un concierto cada noche.

Pero los niños preferíamos recorrer el barrio en nuestras excursiones nocturnas, ya que en todo el día no podías salir de casa. Cuando caía la tarde, *a boqueta nit*, el calor nos daba una tregua para hacer nuestra ronda diaria. Por la Calle Salut íbamos a la costera Ripoll, a esperar a Cuqui. Era uno de los últimos marineros del barrio y todas las tardes, cuando volvía de pescar, traía en el trasportín de su Mobylette una gran garrafa con agua de mar. Le dábamos las buenas tardes y entrábamos en su salón, que como en todas las casas del barrio, era la sala que estaba nada más cruzar el umbral y a la que daban todas las habitaciones. Sobre la mesa había un gran bote de cristal, a la manera de un acuario, al que Cuqui le cambiaba el agua todos los días, ya que dentro había un extraño animal. Expectantes y en silencio observábamos todo el proceso hasta que llegaba el momento esperado. El bicho, un Cerianto, vivía en el interior de un tubo de unos cuarenta centímetros y cuando detectaba el agua nueva, rica en nutrientes, salía poco a poco y desplegaba sus tentáculos para alimentarse del plancton. Nunca olvidaré esa escena. Todos los niños en círculo aguantando la respiración alrededor del bote esperando a que se desplegara lo que parecía la flor más espectacular que habíamos visto jamás, pero si detectaba el más mínimo ruido se escondía inmediatamente.

Después de despedirnos de Cuqui continuábamos nuestra ronda por las calles Carreta, Sol, Pelota y Agulló para volver por el *carrer la Séquia*, aunque había rótulos que ponían Ibáñez o Harsem y en la cartas, General Mola. Años después supe que muchas calles de Altea recibieron su nombre oficial a finales del siglo XIX y se pasaron buena parte del siglo XX cambiando continuamente de nombre. *L'Empedrat*, de las pocas calles pavimentadas de Altea, tenía por nombre oficial la Calle Avenida, pero en la Guerra Civil le pusieron Domingo Germinal, como también dedicaron la Calle Pescadores a los Mártires de Chicago o el *carrer Sant Pere* a Lenin. El *carrer la Mar*, que estaba rotulada de Canalejas, se le cambió el nombre por Bonaventura Durruti.

Muchos de los elementos se reciclaron en la construcción de viviendas

La mayor parte de los pescadores estuvieron afiliados hasta la Guerra Civil a la CNT, que fue el sindicato más importante de Altea. De ahí estos cambios de nombre tan significativos. Sin embargo los marineros alteanos crearon desde antiguo organizaciones asistenciales para protegerse de los peligros que les acechaban en su dura labor diaria. A través de los siglos crearon asociaciones como el Gremio de Pescadores y Mareantes, la Sociedad de los Hijos de la Noche, la Sociedad de Socorros Mutuos la Marítima, el Pósito Pescador de Altea o la Cofradía de Pescadores de Altea. Gracias a todas estas agrupaciones, los marineros construyeron diferentes edificios para fines comunitarios como la Caldera, donde se instalaron todas las herramientas para teñir las redes, el Prado, para descargar el pescado y subastarlo, la biblioteca y escuela de orientación marítima, para la formación de sus hijos o el consultorio médico.

Todos estos edificios y sus peculiares arquitecturas han desaparecido ya de la orilla del mar, pero la herencia marinera duerme en muchas de las casas

del barrio. Durante las reformas aparecen con frecuencia mástiles de barco reutilizados como bigas y también escotillas usadas como ventanas. A medida que se substituía la vela por los motores de gasoil y se desguazaban las barcas muchos de los elementos se reciclaron en la construcción de viviendas. Pero el elemento más característico de esta reutilización es la pintura. Leyendas aparte, los marineros después de pintar sus embarcaciones, usaban las sobras para puertas, ventanas y fachadas, dando a sus viviendas los llamativos colores, que se han convertido en el ejemplo más famoso de la mediterraneidad.

Yo nunca me atrevería a definir qué es eso de la mediterraneidad que tanto se escucha en estos tiempos. Pero sí sé que entre las calles del *raval mariner* de Altea aprendí sin saberlo buena parte de esa forma de vida de nuestros antepasados, las palabras que usaban, las canciones y la gastronomía. Todavía hoy, al pasear por sus calles y rincones, podemos sentir la fuerza de la historia y, con suerte, escuchar alguna canción olvidada.

